

MISA CRISMAL ♦ HOMILÍA

[7-IV-2009]

1. Deseo ardientemente celebrar esta Eucaristía.

Hago más las palabras que Jesús dijo a sus discípulos, antes de la última cena: ¡Cuánto he deseado, queridos sacerdotes, celebrar esta Eucaristía con vosotros! Os lo decía hace pocos días, en el último retiro que tuvimos en San Ramón. Me imagino que a vosotros os pasa algo parecido.

Habéis dejado todo por estar aquí, con los demás sacerdotes de la Diócesis, con vuestro Obispo y con el Pueblo de Dios: los laicos, las religiosas y este grupo de jóvenes que se preparan para recibir el don del Espíritu en el Sacramento de la Confirmación. Muchos venís acompañados de los cristianos de vuestras parroquias. Agradezco vuestra presencia. Así demostramos más y mejor la comunión de todos los que formamos esta Iglesia de Barbastro-Monzón.

Siento cercanos a los sacerdotes que, por enfermedad o por alguna otra razón, no están físicamente con nosotros. Yo los llevo en mi corazón y percibiré sus palabras consecratorias en esta Eucaristía. Agradezco el servicio pastoral que nos prestan los sacerdotes venidos de otras Iglesias, principalmente de Polonia y de Latinoamérica.

Quiero agradecer y acoger públicamente a Estanislao Juan Sekowski, párroco de Altorricon y Algayón, que se ha incardinado definitivamente en nuestra Diócesis. El aplauso que te dieron, querido Estanislao, los sacerdotes el día del retiro te emocionó. Gracias, hermanos sacerdotes, por acogerlo; gracias, Estanislao.

Es tan importante esta Eucaristía de la Misa Crismal que, a estas horas, no se celebra ninguna Eucaristía en toda la Diócesis, para que todos podamos participar en ésta. Es la única ocasión, en todo el año, que se suprime toda celebración de la Eucaristía en los demás lugares de la Diócesis.

En esta venerable liturgia, realizaremos la bendición del Óleo de los Enfermos y de los Catecúmenos, y la consagración del Santo Crisma, instrumentos de salvación de Cristo en los sacramentos del Bautismo, Confirmación, Orden Sagrado y Unción de los enfermos. Los confirmandos, aquí presentes, seréis consagrados por el santo Crisma (aceite de oliva mezclado con perfumes) que voy a consagrar.

Este año, la Misa Crismal tiene una novedad: un grupo de laicos vais a recibir la misión de ser Animadores de la Comunidad en ausencia del presbítero. Gracias por haber respondido a la llamada que hice y por haber aceptado con gran generosidad este ministerio. El Señor os lo premiará. Estoy seguro de que el Señor hará que recibáis más de lo que vais a dar. En las matemáticas de Dios, quien más da, más recibe.

2. Los sentimientos de Jesús.

Acerquémonos a los sentimientos de Jesús, que desea ardientemente la celebración de la Cena Pascual con sus discípulos *antes de morir*. Es la hora de la despedida y de dejarles el mayor regalo. Seguro que los discípulos penetraron en los sentimientos de Jesús, pero no imaginaban que aquella última cena iba a tener un contenido tan extraordinario; que iba a ser Jesús el alimento; que en aquel pan y en

aquel vino Jesús les daba su propia vida, para que tuvieran vida para siempre: *el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.*

Y, como si le pareciera poco lo que les daba, añade: *haced esto en memoria mía.* Les da a ellos, hombres de poca pesca, el poder supremo de hacerle presente, cada vez que se reúnan en torno a la mesa para celebrar los sagrados misterios: el pan será su cuerpo entregado, el vino será su sangre derramada ¡Qué misterio tan hermoso! Jesús cuenta con ellos, con ellos que han aprendido tan mal su enseñanza, su evangelio; con ellos que han ambicionado los primeros puestos; con Pedro que por tres veces negará conocerle; con todos ellos que le van a abandonar en el momento de la prueba. A pesar de todo, el amor que les tiene le lleva a confiar plenamente en ellos. Quien ama siempre confía, aun cuando se exponga a que le traicionen.

A la cena sigue la oración en el huerto de Getsemaní. Se lleva a su lado a quienes le acompañaron en el monte Tabor y contemplaron su gloria, a Pedro, a Santiago y a Juan, los tres que han contemplado los momentos decisivos. Se aleja un poco de ellos para orar al Padre, muriéndose de tristeza y angustia, invocando al Padre con una oración estremecedora: *si es posible pase de mí este cáliz pero no se haga mi voluntad sino la tuya.* Por tres veces los encuentra dormidos. Pero sigue confiando en ellos, en medio del pavor mortal que le hace sudar sangre. ¡Cómo los quiere! ¡Cómo los comprende, aunque le fallen! Se cumplen aquí las palabras del salmo: *“Él modeló cada corazón y comprende todas sus acciones”.*

Es consciente de que deja la Iglesia en manos débiles, en personas que se cansan y se duermen, que no son capaces de velar una hora con él. No por ello deja de confiar y de contar con ellos. El Señor no deja de confiar en vosotros, sacerdotes. ¿Sabéis lo que esto significa? Todo un Dios poniendo lo mejor que tiene, su Hijo, en vuestras manos. Pero nos deja un buen consejo: *velad y orad, para que no caigáis en la tentación; el espíritu está bien dispuesto pero la carne es débil.*

3. Confiad en los laicos

Quiere el Señor, queridos hermanos sacerdotes, que, de manera semejante, vosotros confiéis en los laicos; que respetéis la responsabilidad que recibieron por el sacramento del Bautismo y de la Confirmación. Hay que prepararlos, no nacen formados, como también nosotros debemos formarnos permanentemente. Hay que admitir que, en algunas ocasiones se equivoquen, (también nosotros nos equivocamos); que se duerman, que, a veces, hasta nos dejen solos. Nosotros no les dejemos solos, lo mismo que Jesús nunca abandonó a los suyos.

Vamos, dice el Señor al final de su oración. Vayamos todos juntos, así, en plural: sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, niños, jóvenes, adultos, mayores. Frente a las dificultades, frente al laicismo y relativismo imperantes, frente a esta cultura de la muerte, frente a las críticas y calumnias..., vayamos todos juntos con el Evangelio de la vida y de la esperanza en el corazón y en los labios, defendiendo a los que no tienen voz, a los amenazados en el seno materno, a los pobres y marginados, a los más directamente afectados por la grave crisis que padecemos...; pero vayamos no malhumorados y crispados, sino llenos de confianza en el Dios que nos salva, llenos de la esperanza que da la fe y de la alegría del Espíritu Santo, huésped del alma.

La Iglesia está formada por todos nosotros, cada uno con sus dones y carismas, así como con sus debilidades y pecados. Confiemos en los laicos, confiemos en los religiosos, confiemos unos en otros, porque el Señor confía en cada uno de nosotros.

El Señor ha confiado en vosotros, sacerdotes de esta Diócesis de Barbastro-Monzón, sigue y seguirá confiando. Sabed que vuestro Obispo confía plenamente en vosotros, sobre todo si estáis pasando por momentos de dificultad. No os dé apuro contármelo, pues os quiero incondicionalmente

Vosotros hacéis presente al Señor en la eucaristía y lo dais como alimento a los que se acercan a recibirle. ¡Qué hermoso sería que cada vez que os reunís con la comunidad para celebrar la Eucaristía revivierais los sentimientos de Cristo en la última cena! Arded en deseos de ser los ministros del Señor para hacerle presente y para darlo como alimento a todos los que acuden a recibirle en la comunión.

4. Renovación de las promesas

Hoy vais a renovar ante mí las promesas sacerdotales, que con generosidad y emoción hicisteis el día de vuestra ordenación sacerdotal. Estoy seguro de que lo hacéis con todo el corazón, que lo habéis pensado y rezado. Estoy convencido de que, al hacerlo, habéis encontrado muchos motivos para la acción de gracias; pues vuestra vida sacerdotal —vida eucarística— es una acción de gracias permanente por todo lo que el Señor va haciendo a través de vuestra entrega generosa. Si sabemos percibir la bondad que Dios manifiesta a través de nuestro ministerio, nunca podrá con nosotros la tentación del desaliento o de la frustración, porque eso sería desconfiar de la fuerza que nos sostiene y conduce.

Con la renovación de estas promesas, confirmamos, una vez más, nuestra vida en el primer amor y confirmamos de nuevo el “aquí estoy” pronunciado de forma definitiva. De entre las preguntas que os haré quiero llamar vuestra atención sobre la segunda: *¿Queréis unirnos más fuertemente a Cristo y configuraros con Él, renunciando a vosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?*

Como veis, se refiere a la renovación de unión con Cristo, a la configuración de nuestra vida en Él y al cumplimiento gozoso de los deberes sacerdotales en el seno de la Iglesia. Recoge esta pregunta la esencia de lo que significó la Ordenación Sacerdotal, que hoy volvéis a comenzar desde Cristo.

5. Identificados con Cristo.

Esta unión con Cristo nos lleva a vivir totalmente identificados con Él. Nuestro yo sólo puede tener la forma de Cristo. Obramos *in persona Christi*. No podemos darnos un sacerdocio a la carta: esto me va y lo hago y esto lo ignoro. No es lo que yo quiero; es lo que el Señor quiere ofrecerle a su pueblo por medio de mí. No podemos ser nosotros los que decidimos el rumbo, ni siquiera la forma, de nuestro ministerio.

Ha de ser siempre la voluntad del Señor la que decide. A nosotros nos toca ponernos al servicio de Dios y de los hombres, sin separar nunca una fidelidad de otra, y asumir con docilidad la integridad del ministerio, que es, en virtud del Sacramento del Orden, la integridad de Cristo. Y si somos fieles al ministerio, ejercido *in persona Christi*, los sagrados deberes nos resultarán gozosos y nunca serán una rémora que nos mortificará. Es más, se convertirán en nosotros en fuente de alegría y de santidad.

6. Orad por las vocaciones.

No descanséis en la tarea de ser instrumentos de llamada para que haya jóvenes y niños que escuchen, por vuestro medio, la llamada del Señor al sacerdocio. La alegría y el trabajo gozoso con que viváis vuestro sacerdocio será un fuerte aliciente para despertar la vocación sacerdotal.

Que no falte en todos los que formamos esta Iglesia Diocesana de Barbastro-Monzón la oración diaria por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como vocaciones de laicos al servicio de la evangelización, en medio del mundo.

Que la Santísima Virgen, madre sacerdotal, que acompañó a la Iglesia naciente, acompañe a nuestras parroquias, comunidades, asociaciones, colegios y grupos cristianos; que nos sostenga siempre en el amor a su Hijo y a nuestros hermanos, de un modo muy especial y decidido a los más necesitados.